

LA ESTATUA DE SAL

Juan Félix Bellido

Doctor en Literatura y Comunicación.
Académico de Número de la Real Academia de San Dionisio de Ciencias,
Artes y Letras de Jerez de la Frontera.
Miembro de Número del Centro de Estudios Históricos Jerezanos

*“El olvido lleva al exilio,
mientras que la memoria
lleva a la redención”
(Baal Shem Tov)*

Salomón Toledano, haciendo un gran esfuerzo, tuvo la valentía de mirar hacia atrás, y a pesar de que los hirientes rayos de un sol oblicuo que amanecía con fuerzas e intentaba cegar su vista, le acuchillaban el rostro, miró sin pudor a sus espaldas. Se volvió lentamente, pero con decisión, girando sobre sus pasos, desafiando el entumecimiento de sus miembros y concitando sus músculos en esta atrevida maniobra. Había caminado hacia delante siempre, siguiendo los caminos marcados, las rutas permitidas; había hecho caso a la rosa de los vientos y obedecido a los mapas que le indicaban la ruta, pero estaba seguro de que si miraba

hacia atrás encontraría la razón de muchas cosas, y en ellas hallaría las claves que le explicaran quién era, de dónde venía, por qué caminaba en aquella dirección sin comprenderlo y por qué no podía encontrar nuevas rutas. Sabía que se trataba de un atrevimiento imperdonable, pero prefirió desafiar la inercia. No resultaba tarea grata ni fácil. Su cuerpo se giró con lentitud, pero con decisión, y con él, su cabeza; así permitió que su mirada se volviera hacia atrás dando con ella a un horizonte más amplio y enrevesado de lo que habría podido imaginar. Al instante, quedó convertido en estatua de sal, pero antes de

que esto sucediese, logró dejar por escrito una breve crónica que, sin embargo, permaneció encerrada bajo siete candados. Por alguna razón escondida, mirar hacia detrás resultaba enormemente peligroso. Estaba prohibido por razones que él imaginaba bastardas y cobardes pero que no acertaba a comprender. Siempre le habían obligado a mirar hacia delante y por caminos que no daban razón a lo vivido. De cualquier forma, aquel manuscrito, escrito con las prisas que la situación imprimía a los gestos, a punto estuvo de convertirse con él en bloque de sal y sólo una intrincada maniobra de ocultación permitió que, a pesar de quedar encerrado, venciera el tiempo y la distancia. Él, sin embargo, pagó este hecho con esa conversión de su cuerpo en salina apelmazada. Salomón Toledano quedó reducido, como digo, a estatua de sal.

* * *

José cerró los ojos y apretó los puños. Sintió que un sudor frío le recorría la espalda. *“Lo harán, sé que lo harán, lo hicieron en otras ocasiones y una vez más volverán a repetirlo”*. Y, sin remedio, cobrarán vigencia los mismos motivos. Contuvo la respiración y apoyó sus manos a la pared rugosa de la estancia. Pronto sintió en sus dedos la humedad pegajosa de los muros. Su corazón latía con inusitada fuerza y era evidente la agitación de su pecho. Casi a tientas, sus pies fueron buscando el peldaño de tapial bajo el ventanuco abierto en la pa-

red. Tropezó con un objeto metálico en su búsqueda y el seco ruido al deslizarse por los desgastados ladrillos del suelo le sobresaltó. Intentó recobrar el aliento superando el temor a que alguien lo hubiese oído. Para no delatar tamaño atrevimiento quedó inmóvil de nuevo, contuvo el aliento, y así permaneció un buen rato hasta que el silencio volvió a adueñarse de aquella oscuridad opaca que caía sobre sus miembros como una losa pesada.

Fuera, se oyeron los cascos de un caballo contra el empedrado del suelo y un ir y venir de gente rompieron con aquel alboroto la quietud de la noche. A lo lejos, un grito rasgó el silencio del patio. José sintió que un torniquete le apretaba las vísceras por dentro. En aquel momento aguzó el oído y percibió el movimiento de gente de guerra, de soldadesca desordenada y nerviosa, que iba de un lado para otro. El patio de armas se inundó de rumores metálicos, como un chocar de aceros. Eran secos destellos que penetraban afiladamente por el estrecho ventanuco a ras de suelo. Un frío húmedo le penetró hasta los tuétanos.

Esperó a que las fuerzas le volvieran e intentó subirse sobre el banco adherido a la pared y que permitía asomarse al angosto hueco que a la altura del gastado pavimento de guijarros hacía posible la indispensable entrada de aire en la oscura mazmorra, y algo de luz, la que reverberaba una fogata y algunas antorchas que escasamente lograban vencer la oscuridad de la noche. Hacía frío y,

aterido, José se sintió enajenado de todo y asustado. La ropa parecía no adherirse a su cuerpo. De nuevo un grito desgarrador atravesó la noche. José pensó que provenía de las caballerizas. Pero el ir y venir de tropas por el patio distorsionaba los ruidos y tuvo que esperar a que un momento de tregua en medio de la noche le permitiera subir y encaramarse hasta la ventana y distinguir claramente el grito de una mujer rasgar la noche. Ahora estaba seguro, provenía de las caballerizas. *“Es ella”*, se dijo. Y agarró con fuerza los barrotes. Sus manos entumecidas sintieron el gélido rugoso de los hierros. Dejó caer su cuerpo, impotente y afligido, resbalando por la húmeda pared del semisótano. Sentado sobre el banco de tapial tuvo la sensación de que todas sus energías se le escapaban y ocultó su rostro entre las manos. Un nuevo grito traspasó la noche. Y fue entonces cuando tuvo conciencia de que algo le desgarraba el alma. Buscó un rincón en el que acuclillarse y hubiese dado mil veces lo que poseía, lo que había poseído antes del expolio, con tal de que su memoria no resucitara y acudiesen a su mente los recuerdos.

Había comenzado hacía un año. *“Era un día de oscuridad y tiniebla”*, recordó el viejo poema hebreo de Samuel ibn Nagrella. *“El sol, lo mismo que mi corazón, ennegreció;/ el griterío de las tropas era... como el fragor de las olas del mar al rugir la tempestad./ Al amanecer, la tierra estaba sacudida/ sobre sus columnas, como ebria”*. Y vivió la batalla nuevamente, el fragor de la lucha, y aquel canto lejano,

granadino, le devolvió la imagen de la guerra. *“Los caballos corrían y se revolaban/ cual víboras sacadas de su cubil, como si los venablos arrojados fueran/ rayos que llenaban el aire de luz, /las flechas como gotas de lluvia, y los escudos, criba;/ los arcos eran serpientes en sus manos, cada una escupía abejas por su boca; las espadas sobre sus cabezas eran antorchas/ que al caer perdían su brillo;/ la sangre humana corría sobre la tierra”*. Comenzaba entonces el tiempo del luto y del llanto. Las tropas avanzaban sobre unos campos verdes y feroces; arrasaban las huertas devastando cosechas con un coste de hambre y de miseria como nunca se vio. Eran aquellos hombres rudos y violentos que bajaban del norte, que no sabían leer, que hacían cosecha de gestos implacables, que devoraban carnes y no sabían el arte de la mesa. Violaban mujeres, expoliaban las casas y no respetaban culto que no fuera el de ellos.

Fue durante aquellos días de matanzas, de libros quemados, de memorias quebradas y tierras incendiadas, cuando vi por primera vez su rostro envejecido, sus ojos extraviados y sus manos crispadas. Yacía en un rincón de aquella alhóndiga que ya no servía de despensa y era un espacio huérfano y desolado. Sus piernas entreabiertas, el vestido rasgado, las enaguas manchadas...y la mirada rota. Nueve meses después parió una niña, pero ella ya no era la misma. Estaba enajenada, expropiada de sí, vejada, inundada de un llanto continuo, de un llanto sordo, interior que le rompía el alma en mil pedazos. Y parió con dolor, como se

pare siempre. Tenía aquella niña, los ojos grandes, los cabellos morenos, en sortijados y brillantes, la piel tostada por miles de travesías que habían recorrido su sangre durante largos siglos. Era un rostro mestizo el suyo, un cuerpo sabedor de sus raíces y un alma tierna y dulce pero aquella mirada suya descendía hasta el suelo y se humillaba. Nació una noche de abril que perfumaba el campo de azahares y olía a romero y a tomillo. Sin embargo era una noche secuestrada y hasta el canto del agua de las fuentes parecía enrejado. Pero aquel parto clandestino y secreto no devolvió la alegría a aquella mujer. Estaba enajenada, como fuera de sí, y su perfil amable se tornó en gesto torvo y desgraciado.

Despuntaba el alba cuando José volvió de los recuerdos al presente. Ya se insinuaba el sol por el perfil lechoso de las colinas sembradas de olivos. Despertó de un sopor agitado y volvieron a oírse los cascos de los caballos sobre el empedrado, el rodar de las carretas con provisiones y armas, y el mismo ir y venir de tropas que le tuvo agitado parte de la noche. Las tropas se marchaban del castillo, abandonaban el recinto amurallado y lúgubre, de vuelta al norte. A mediodía serían reemplazadas por tropas de refresco provenientes del este. En este vaivén de pensamientos se encontraba cuando le sobresaltó el chirrido del cerrojo del calabozo al abrirse. En aquella lóbreguez acertó a adivinar la gruesa silueta del carcelero. Un hombre fornido y tosco, de mirada oblicua y fruncido ceño. “¿Quieres salir?”, le dijo.

“Te vendrá bien tomar algo de aire. Los soldados se han ido y hasta que el sol se encuentre en su cenit no vendrá nueva tropa. ¡Ni se te ocurra acercarte al portallón de acceso, ni al puente levadizo! Pagarás caro cualquier descuido y correrás la suerte que han corrido los que lo han intentado”.

Aún humeaban las brasas de la fogata encendida la noche anterior en el centro del patio, cuando José se sintió herido por la claridad del amanecer nada más salir del oscuro calabozo del castillo. Despacio e intentando desentumecer los músculos, lo cruzó. El miedo y el frío le hacían tiritar y hubiese preferido calentarse junto a los rescoldos, pero quería averiguar lo sucedido en las caballerizas desde donde le habían llegado aquellos desgarradores gritos. A medida que se acercaba percibía unos sordos quejidos, como de llanto amargo. Se acercó hasta la puerta y empujó la rugosa superficie de los maderos que chirriaron al rodar sobre las bisagras. La claridad del día desgarró la oscuridad del interior, y tras unas palas de paja la descubrió. Estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada a unos sacos. Las piernas entrecambiadas, el vestido rasgado, las enaguas manchadas...y la mirada rota.

Despacio y tembloroso se fue acercando a ella. Sus miradas se cruzaron pero José tuvo la certeza de que ella no le veía. “Soy José, ¿me reconocéis, señora?”, le dijo con voz queda y temblorosa. “No sé quién sois”, le respondió como en un balbuceo, “ni sé dónde estamos, qué hacemos aquí, y ni siquiera quién soy yo”.

Y comenzó a sollozar. Entonces, José comprendió que ella había perdido su memoria. Y cuando el llanto rompió en un lamento desgarrado y se llevó las manos a la cara para ocultar su rostro, José entendió que tardaría mucho tiempo en recuperar su orgullo, que quizás nunca volvería a ser la misma y que tal vez ni siquiera volviera a ser alguien. Pero, instintivamente, recurrió al recuerdo de la niña nacida veinte meses antes. Cuando salió de allí para volver de nuevo al calabozo, su carcelero le observaba altanero en medio del patio, pero José apenas le miró. En el cielo un sol afirmativo iba alumbrando el día. La sinrazón había roto las entrañas misma de la existencia y perdieron razón todas las cosas. Se sintió varado en una playa de oscuras arenas y tuvo la sensación de que de ahora en adelante ningún camino conduciría a un puerto estable y seguro. Volvió a la mazmorra pero ya sus pasos habían perdido el rumbo. Aquel sol que ahora inundaba los campos ya no alumbraba sus ojos y la oscuridad le invadió por dentro.

* * *

Así decía la crónica que Salomón Toledano dejó escrita antes de convertirse en estatua de sal. Se trataba de un relato que algunos sabían histórico pero que no acertaban a descifrar, ni a decidirse a afirmar si se trataba de la historia de unos hechos acontecidos en aquellas tierras o la de aquella tierra misma. Y así lo encontré yo, en papel de Xàtiva, escrito con una caligrafía quebrada y, al fin y al cabo, agitada y doliente. El cálamo entintado se había deslizado con prisas por su superficie. Se hallaba guardado bajo siete candados, en un cofre de madera labrada, escondido con la intención de sepultarlo a la vista de todos. Y nadie quería dar crédito a mi hallazgo; ni siquiera querían dar crédito a su existencia. Lo calificaron de inverosímil y hasta de mal gusto, y nadie quiso hacer público su contenido. Corría la leyenda de que quien lo leyese sufriría la suerte de su autor, Samuel Toledano, que por mirar hacia atrás, quedó un día convertido en estatua de sal. Sólo yo osé abrir el cofre y leerlo, para poder desterrar de mí mismo aquel oscuro presagio y conjurar el miedo que la memoria inyecta en los hombres cuando son cobardes.

